

COUSAS

# Un escritor berciano

VICTORIA ARMESTO

COMO acaba de regresar de regresar de Venezuela en donde le dedicaron una semana de homenaje y donde tuvo que pronunciar conferencias y celebrar coloquios de fraternidad literaria, Antonio Pereira me invita a comer a su casa para hablar de cosas venezolanas. A mí el país me interesa desde que lo conocí, en tiempos de Celso Emilio Ferreiro.

Antonio Pereira vive en el piso 11 del complejo «Galaxia», en un tiempo famoso debido a ciertas presuntas conspiraciones que tuvieron lugar en una cafetería del edificio.

Desde las ventanas del domicilio del escritor se ve el Arco de Triunfo y el maravilloso paisaje de La Moncloa. Es un viernes de marzo en Madrid.

Úrsula, la esposa de Antonio Pereira, nos ofrece un potaje de garbanzos y espinacas seguido de un buding de pescado -como buenos gallegos-leoneses observamos la Cuaresma- que considero a la altura de los mejores tiempos de «La Charola» villafranquina.

Resulta que apenas si hablamos de Venezuela o del, para algunos habitantes de la sufrida nación, fatídico CAP (Carlos Andrés Pérez) y se nos pasan las horas envueltos en los nombres mágicos de la intelectualidad leonesa y, singularmente, de la berciana tan próxima a nosotros, casi nuestra.

Para comprender lo que es El Bierzo respecto a Galicia remito a mis últimos artículos sobre la Gallaecia y los reyes suevos o, cuando Dios quiera que lo haya terminado y se publique, a la tercera edición de «Galicia Feudal» corregida y aumentada.

Antonio Pereira, autor de «El País de Losada», habla con un acento tan gallego y con tal sorna que unas veces me hace pensar en Cunqueiro y otras en el propio

Celso Emilio que hablando tenía también mucha gracia.

Escribe en castellano Antonio Pereira, pero es como si escribiera en gallego. (La Gallaecia, la eterna, paradigmática y misteriosa entidad...)



Tras degustar el potaje y felicitar a Úrsula hablamos de León, en donde el matrimonio tiene casa en lugar de nombre prosaico «Avenida de la Facultad de Veterinaria», pero donde se establecen en un espacio casi mítico: Papalaguinda.

También hablamos -¿cómo no?- de Villafranca, de Ponferrada, donde Antonio cursó los estudios de bachillerato a la sombra del castillo de los Templarios y donde, en el bar del Turco, compraba unos bocadillos de jamón que le costaban cincuenta céntimos...

Tiempos lejanos y felices en que la peseta no se desvanecía transformada en un botón y, al estruendo de las bombas de palenque, los jóvenes villafranquinos salían a recibir a los astorganos.

Antonio Pereira, adolescente precoz, acomodado entre martillos y clavos en la ferretería familiar, leía las Sonatas de Valle Inclán que le había facilitado su tío, librero e impresor.



En un breviario, impreso por la Diputación de León en el año 1985, el escritor berciano pergeña, con su habitual ironía, sus señas de identidad... «Antonio Pereira nació en tiempos de don Miguel Primo de Rivera. Fue niño cuando la República. Con Franco se puso pantalón largo y con Franco entra casi en la tercera edad. Con la democracia le dicen que algunas cosas ya no son pecado, a buenas horas... ».

Por el libro pasan y repasan los nombres de la intelectualidad leonesa y también hay fotografías de bercianos de pro, entre ellos Dalmiro de la Válgoma (nacido en Monforte de Lemos), su esposa Elena Quiroga, muy de tiros largos, acompaña a Valentín García Yebra al verificarse el ingreso de este último en la Real Academia Española.

También entre los personajes retratados en las fotos figura Cristóbal Halffter,

el compositor y, para no hacer la lista prolija, la del inolvidable Ramón González-Alegre Y Bálgoma.

A este prolífero escritor, que en un tiempo bulló tanto por Galicia, dedica Antonio Pereira unas líneas no exentas de nostalgia: «A la pregunta ¿con qué personaje de la historia le gustaría a usted pasar un fin de semana?, yo contestaría que con Jesucristo. Luego he pensado que no, con Jesucristo a solas no, porque este mozo de Galilea decía y pedía cosas muy duras».

Imagina Antonio Pereira una merienda en Betania, con Marta y María sirviendo el yantar y con Moncho Bálgoma entre los comensales. Marta le diría: «Moncho, ¿un poquito más de cordero?» «Porque no le iba a decir -aventura Antonio Pereira- ¿quiere cordero Ramón González-Alegre Bálgoma?».

En tan buena compañía, lo mismo que hacía cuando visitaba a sus amigos en Papalaguinda, Moncho Bálgoma leería algunas páginas de «Xohana de Avignon», quizá la mejor pieza de su «Teatro Galego»:

«Santo é seu Nome

I a súa Misericordia é de xeneración en xeneración...»,

Aos que lle temen, fixo proezas

co seu brazo,

Esparceu aos soberbios,

no pensamento dos seus corazóns...».